



### CAPÍTULO XXIII

**D**EMETRIO continuaba visitando á doña Felipa y á Lola, y por virtud de la confianza adquirida desde la enfermedad de don Manuel, el comerciante iba ahora á casa de sus amigas casi todas las noches, dejando al dependiente mayor al cuidado de la tienda. Como era natural, á Demetrio no se le ocultó la situación apurada de las infelices mujeres; la mudanza de domicilio y la venta de muebles hablaban ya con bastante elocuencia; á mayor abundamiento observó que al marcharse á Chamberí había

prescindido doña Felipa de la criada. Demetrio sabía sobradamente que don Manuel no dejó capital alguno ¡qué capital podía transmitir á su familia un pobre empleado!... y que ellas no contaban con el auxilio de ninguna pensión que les diera para atender á su sustento. Demetrio se preguntó aterrado qué sucedería en aquella casa; qué iban á hacer dos mujeres, solas, abandonadas á su suerte, sin recursos. Bien pronto obtuvo la respuesta. Una noche encontró á Lola cosiendo con afán, devorando con los dedos una camisa de hombre; el comerciante no le habló á la muchacha de este particular ni le dirigió la alusión más mínima; fué discreto y se calló; doña Felipa reveló en su rostro gran contrariedad y se la conocieron deseos vehementes de soltar la lengua, pero Lola le volvió al cuerpo las palabras de una mirada y siguió trabajando, sin dar la explicación más ligera, ni por fórmula, de lo que hacía. Estaba aclarado el enigma; Lola creció á los ojos apasionados de Demetrio y el influjo de su virtud reavivó aquel rescoldo siempre encendido de

su pecho. ¡Cuánto vale esa mujer!.... pensó Demetrio... ¡Ya me figuraba yo que ella era capaz de salir adelantel... Pero el buen hombre tenía sus ojos en la cara y pronto echó de ver el desmejoramiento de Lola, la palidez sombría que dan al rostro las noches en vela, el color quebrado que origina la mala alimentación, la falta de ejercicio, el exceso de trabajo la bruma de tristeza de que llena la desgracia la vista... el comerciante adivinó allí la marca de la escasez siempre en su flujo, pero cuidadosamente oculta: presintió el combate ignorado de todos los días; conociendo el carácter de Lola se figuró el martirio cruento de la pobre criatura y entonces, impulsado por la piedad de su buen corazón tanto como por su cariño profundo, persuadido de que no se atrevería á dirigirse directamente á Lola, se propuso descubrir su pensamiento con entera claridad á su madre y suplicar á ésta que hablase con su hija, que moviera su ánimo á favor de él y que inclinase su voluntad para que aceptara su amor, cuanto era y cuanto tenía; Demetrio no ignoraba

la complacencia con que doña Felipa le distinguía, y aún aún, á pesar de su bonachona candidez—la buena señora no era muy reservada, que digamos—había llegado á vislumbrar que la madre de Lola, veía sus pretensiones con buenos ojos. Por esto sentíase animado á “declararse” á doña Felipa, ante la cual no experimentaría esa turbación que le anudaba la lengua, en cuanto á Lola, esperando las palabras de él, clavaba en su rostro aquellas miradas serenas que le hacían encenderse como á un colegial.

Pero Demetrio necesitaba hablar á solas á doña Felipa para comunicarle sus propósitos y el pobre tendero no sabía como diablos componérselas, dado que Lola estaba siempre presente cuando él las visitaba. Demetrio pensó en expiar á doña Felipa, estudiar su ruta al ir á entregar el trabajo y salirle al encuentro cualquier anochecho, aunque le repugnaba tratar de cosas tan serias en la calle. La casualidad le favoreció; una noche se quejaba Lola atrocemente de la cabeza; estaba muy pálida; tenía los ojos car-

gados y en las sienas sentía un porra-  
ceo terrible de martillo; á duras penas  
concluyó su labor y como Demetrio  
era persona de confianza en cuanto la  
terminó se metió medio loca en la ca-  
ma, buscando la obscuridad y el si-  
lencio.

Demetrio experimentó honda lásti-  
ma de la pobre criatura, pero á la vez  
se alegró de su retirada. ¡Por fin!... La  
ocasión que tanto apetecía se le pro-  
porcionaba espontáneamente... había  
que atraparla por los cabellos... No  
contaba con su ingénito encogimiento;  
la muchacha se marchó acompañada  
de doña Felipa que, con permiso, fué  
á la cocina por el receptáculo del espí-  
ritu de vino para hacer á Lola una  
taza de café, mientras, el comerciante  
se decidió á desembuchar sus proyec-  
tos; la buena señora volvió al comedor  
con el artefacto de hojadelata; prendió  
el alcohol... y nada, lo de siempre; el  
cerebro del comerciante era una gri-  
llera y no sabía como empezar su de-  
claración.

Doña Felipa en tanto que Deme-  
trio callaba y poniendo al fuego un

tarrete con agua, exclamó sin dirigir-  
se al tendero y más bien monologui-  
zando:

—¡Vaya por Dios con la jaqueca!...  
¡Ya se vé Lola no estaba acostumbra-  
da á semejante vida!

Demetrio vió un portillo por donde  
colarse y aprovechándolo dijo con  
acento de pesadumbre:

—¡Lola trabaja demasiado!...

Doña Felipa tomó del paquete del  
café molido que había sacado del es-  
tante del aparador, una cucharadita  
de Moka que vertió en el agua hirvien-  
do, y á la vez repuso:

—¿Y qué va á hacer la pobre?

Luego, doña Felipa, como obede-  
ciendo á un arranque imposible de do-  
minar, con la fuerza del vapor que  
levanta la válvula y se escapa cuando  
llega al máximo de presión, le dijo  
al comerciante:

—Lola necesitaría para ponerse bue-  
na no ocuparse de nada, pasear mu-  
cho, comer cosas de alimento, y es  
menester que sepa usted que eso no es  
posible... ¡A qué negarlo!... Primero  
que á usted se le puede considerar de

la familia y segundo que lo está usted viendolo...

Tales palabras exentas de malicia, hicieron el milagro. Demetrio se encarriló por ellas y exclamó al fin, balbuciente y á borbotones:

—¡Mire usted doña Felipa, ha tiempo que deseaba hablar con usted de esto mismo... Aunque ustedes no me han dicho nada porque cuesta trabajo confesarlo cuando uno viene á menos... yo sé lo que pasa porque se necesitaría ser ciego... Lola se está matando y yo no puedo consentirlo!... Usted ya lo habrá notado porque las coge al vuelo, pero yo no se lo he manifestado de palabra!... Yo quiero á Lola para casarme con ella. ¿Oye usted? El mismo día en que se tomaron los dichos Juanita y su marido, la dí una carta con la que se ha quedado y no me ha contestado oste ni mostel!... por eso no me atrevo á dirigirme á Lola y me dirijo á usted para que influya con ella, y le haga cargo de su situación... y á ver si así se ablanda y me admite... yo le juro á usted, doña Felipa, y ya sabe usted quien soy, que quiero á su hija

como no la quiere nadie en el mundo.

Demetrio hablaba desatinadamente, sudando á toda prisa, como el que desea concluir pronto, perdiendo á lo mejor el hilo, muy colorado; pero sus palabras le salían de la boca con esa fuerza convencitiva que sólo tienen las frases arrancadas del corazón.

Doña Felipa le escuchó emocionada, sin interrumpirle y cuando él acabó, le dijo con verdadera sorpresa:

—¿De modo que Lola no ignoraba que usted la quería?

—¡No señora!... Ya lo ha oído usted, replicó el tendero...

—¡Pues bien—siguió doña Felipa—á franqueza, franqueza y media!... ¡Es menester que sepa usted que yo á mi vez me presumía ese sentimiento... y me alegraba de él!... ¿Qué más podía yo ambicionar para mi hija que un hombre honrado, con su posición hecha, y del cual tengo la certeza de que la haría feliz?... ¡Pero es menester que sepa usted que no creía que Lola estuviera en autos!... yo le prometo hablarla mañana mismo, trasmitirle lo que usted me ha dicho y... ella es muy

juiciosa y muy buena y casi me atrevo á asegurarle que no le dará un feo... ¡De sobra conoce á Lola y acaso no le contestó á su carta para asegurarse de que era verdadero su cariño!...

Doña Felipa soltó su retahila como le fué brotando en el entendimiento, sin pararse en considerar su conveniencia ni en si cuadraban en sus labios ciertas declaraciones; aquel cerebro liso, privado del regulador de la discreción, se desbordó hasta volcar cuanto contenía y gracias á que el café concluyó de hacerse, quemado y muy quemado, porque la charla distrajo á doña Felipa y se le pasó el punto, y cortó la excesivamente espontánea confesión de la buena señora; no trataron más del particular; Demetrio se retiró pronto para que doña Felipa atendiese á Lola y aquella noche ni Demetrio durmió ni la madre de la niña, que se pasó en claro las horas dando vueltas y más vueltas en la cama, meditando como se las arreglaría para convencer á Lola.

Doña Felipa no pudo tener escondido mucho rato su pensamiento; la bue-

na señora era siempre el agua, el agua buscando un agujerito por donde escaparse. En cuanto Lola más aliviada de su jaqueca aunque no curada, se sentó á coser le espetó doña Felipa *ce* por *be* lo dicho por Demetrio, y con este motivo la acusó de no confiar en ella, en su madre, se la mostró quejosa y ofendida, la tildó de ingrata, todo porque había callado lo de la carta y luego volvió á repetirla el emésimo sermón sobre lo que más le convenía, tornó á aconsejarla que de buena manera, sin necesidad de reñir, cortara sus relaciones con Miguelito Cruz exponiéndole la imposibilidad de seguir en sus amores, la pintó las excelencias de Demetrio, su madurez de juicio, el profundo cariño que la profesaba, su posición hecha (ya iba á olvidarse de su posición) y concluyó repitiendo, que en el estado á que llegaban las cosas no *les* quedaba otra salvación sino que ella accediera á los deseos del comerciante; por milagro no sacó á relucir doña Felipa su vejez, pero no hacía falta pues en equivalencia acabó su período pluralizando.

Lola oyó á su madre con el espanto instintivo con que el reo escucha la voz del juez. Aquellas reflexiones frías, aceradas, calculadoras, sin entrañas pero ciertas, eran la realidad, la horrible realidad que tiraba de ella hacia abajo, hacia el fondo, diciéndola con la implacable elocuencia de los hechos: ¡es en vano que luches!.... no pienses en trabajar si tu madre no te ayuda... así no puedes seguir viviendo en un infierno, no tienes otro camino que ceder... ¡La paz es tan necesaria al hogar como el aire!... Todo lo que su madre la exponía habíalo ya devorado en sus soledades y sin embargo se horrorizó su pensamiento al verse reflejado en la luna de espejo del de doña Felipa. Lola le dejó hablar á ésta y luego encendida, alterada, con los ojos brillantes, exclamó:

—¡Pero mujer, qué cosas tienes!..... ¡Pareces una niña de cuatro años!... ¡A nadie más que á tí se le ocurre aceptar semejante embajada!... ¡No comprendes que es indigno de una madre el servir de correo al pretendiente de su hija!... ¡Qué habrá dicho Demetrio!.....

—¡Qué ha de decir!...—repuso amoscada doña Felipa—nada absolutamente... ¡En primer lugar, que no se trata de un desconocido, sino de un amigo de toda confianza, y luego, es menester que sepas tú que en este mundo nadie obra con esos requilorios de espíritu puro!... ¡Ave María!... ¡Pues estaríamos frescos!...

—¡Y de fijo habrás quedado en darle respuesta!...—preguntó Lola sin contestar á la rociada.—¡Y hasta le habrás prometido un desenlace satisfactorio sin contar conmigo!...

Doña Felipa no se atrevió á replicar que así era y tomando una actitud de enfado evadió la contestación, y repuso queriendo aprovechar las circuns-

—¡Ave María!... ¡Aunque yo no soy una sabia como tú, también á mí se me alcanzan las cosas!... Pero ¡él me preguntará y algo he de decirle!...

Lola intentó resistir aún; no se había formado su plan. ¡Quién sabe! ¡Todavía esperaba, sin explicarse el qué!... ¡Quizás el porvenir, lo desconocido, la reservara algún asidero á qué agarrarse ¡Así contestó con irresolución:

—Pues le dices... que no has podido hablarme del todo... que sólo has tenido ocasión de insinuarme el asunto... que yo me he callado... que esperas una oportunidad para insistir... ¿Qué sé yo?... Lo que se te ocurra...

Doña Felipa se quedó fría, pero en vano apuró á su hija para que la diera una respuesta más categórica, y tuvo que contentarse la buena señora con escribirle á Demetrio por el correo interior, según lo pactado entre ella y él, que no había podido hacer otra cosa que "tirarle una puntada" respecto á su asunto; que insistiría sin dejarlo de la mañana, añadiendo piadosamente y de su propia cosecha doña Felipa, que no parecía que la cosa presentase mal aspecto.



## CAPITULO XXIV



los pocos días, un lunes, recibió Lola cuatro letras de su amiga Luisa López, en que la notificaba que el sábado era el santo de su papá, y que con tal motivo tendrían reunión por la noche, rogándola que asistiese sin excusa de ninguna clase, para lo cual la avisaba con tiempo. El primer impulso de Lola fué ocultar la carta, y sin que se enterase su madre contestarle á Luisa; pero quiso la mala suerte de Lola que doña Felipa, que estaba en aquella sazón en la calle, llegara á la puerta del cuarto en el preciso momento en que el cartero se marchaba. Lola entonces no

tuvo otro remedio que mostrar la epístola, y en cuanto doña Felipa se enteró dijo con la mayor naturalidad y sin poder ocultar su regocijo.

—¡Supongo que escribirás á Luisa que iremos!...

La muchacha esperaba esta explosión que precisamente quería evitar, guardándose la cartita, y tal cara puso al oír á su madre, que doña Felipa exclamó sintiendo pasar por su ánimo como una racha de ventisca:

—Qué ¿vas á despreciar la invitación?...

Lola titubeó; conociásele como miedo de hablar, y como si le asustase el chispeo que fulguraba en los ojos de su madre; por fin dijo la muchacha temblequeando:

—¡No es que desprecie la invitación, mamá, es que no podemos asistir; es que yo dejo el trabajo rendida y sin ganas más que de acostarme... luego no tengo guantes, mis vestidos se me han quedado antiguos; aunque la tertulia sea de confianza. Por el cargo que el papá de Luisa López ocupa en el Ayuntamiento, no faltará gente, y

para ir hecha una cursi y servir de irrisión, más vale no ir... Yo se lo diré así á Luisa y se convencerá de que no es falta de gusto el no aceptar su obsequio...

Los razonamientos de la muchacha, no podían ser más juiciosos; "sudaban" mesura y buen sentido, pero doña Felipa no se rindió, y repuso con su aspereza de siempre y enrojeciendo de furia:

—Lo que eres tú es una rara, y esto no puede continuar así... ¿Crees que vas á adelantar algo metiéndote en un rincón?... Es menester que sepas tú, que no veo yo que tus vestidos estén tan cursis como á tí te parece; de noche, además, todos los gatos son pardos... Y los guantes... ¡pediríamos un adelanto al de la tienda!... Un par de guantes poco importa... Y aunque importase; es menester que sepas tú, que antes de quedar como unas puercas con Luisa, á la que debemos lo que trabajas, es preciso hacer todos los sacrificios...

—¡Luisa es muy formal, y posee muy buen sentido para incomodarse por



eso, sabiendo la causa... dijo Lola interrumpiendo á su madre.

—¡Será lo que tú quieras, pero el no ir, sí que es una falta de educación!

Doña Felipa luchó por convencer á su hija, con un entusiasmo singular; diríase que la buena señora combatía por ella, y que lamentaba por cuenta propia, el no concurrir á la tertulia; pero Lola se mantuvo inflexible, escribió á Luisa López la verdad del caso, y no fué á la reunión. La cicatera señora, había alimentado la esperanza de triunfar al fin; cuando se convenció de que no se salía con la suya, pilló una sofoquina tremenda, se incomodó terriblemente con Lola, y concluyó por no dirigirle la palabra, sino para darle los buenos días, más bien con un gruñido que con una frase.

Doña Felipa se estuvo sin hablar á su hija una semana seguida; semejante furia, motivada por causa tan baladí, le produjo á Lola un gran desaliento; experimentó algo como cierta asfixia en el alma; era imposible vivir así, y no había otro remedio que ceder. El

recuerdo de Miguelito Cruz, siempre grabado en la mente de la niña, resplandeció ahora en su memoria como el fósforo cuando se restriega en la obscuridad; quién sabe si los recuerdos son efluvios de las personas al modo de la luz del sol; ello es que cuando el viento de la desgracia se lleva la pava de venturas que la felicidad ha formado en el corazón, todas las remembranzas de la dicha perdida cobran alas y abaten el vuelo en el pensamiento. Lola recordaba uno por uno los episodios todos de sus amores, le repercutían en los oídos todas las palabras de su novio y se sabía letra por letra todas sus cartas... ¡Ah!... ¡nunca le había parecido tan hermosa aquella felicidad que la sonreía desde lejos!...

Demetrio continuaba yendo por las noches á casa de doña Felipa, y no pudo menos de notar que algo acontecía entre madre é hija aunque Lola disimuló cuanto pudo. Respetó, sin embargo el misterio, pero angustiado por si sería él la causa del disgusto, esperó á doña Felipa en la calle y la interpe-

ló sobre el particular; doña Felipa charló punto por punto lo ocurrido y más tranquilo ya el comerciante, rogó á su futura suegra que insistiese de nuevo acerca de su hija y la recordase la respuesta pendiente. Para facilitar la acometida convinieron en que Demetrio escribiría á doña Felipa y que ésta enseñaría la carta á Lola.

Así lo hizo el comerciante y un día recibió doña Felipa por el correo interior la carta pactada, que entregó á Lola fingiendo gran sorpresa y diciéndola á la vez:

—¡Mira lo que me escribe Demetrio!... Tú harás lo que te plazca puesto que nunca te vienes á razones, pero es menester que sepas tú que te estás portando muy mal con él...

Doña Felipa hablaba con dureza; aun le duraba su mutismo. En cuanto á Lola, al oír á su madre, sintió como el hincamiento repentino de una garra en el corazón; se quedó pálida; conociósele que reprimía algo con un supremo esfuerzo y murmuró:

—¡Que se declare á mí y yo le contestaré!...

Doña Felipa botó al escuchar esta condición y experimentó el mismo susto que si arreglando el aparador viera desmoronársele la cristalería de la tabla de arriba sin poder contener el tropel de copas. ¡Que se declarase él!... ¡Pues si precisamente era lo que pretendía evitar!... Doña Felipa vislumbró que su hija se rendía y rompiendo su seriedad la atacó rudamente para que la contestase algo más explícito, pero Lola se encastilló en su resolución inflexible y su madre no consiguió que cesara en lo más mínimo.

Cuando aquella noche llegó Demetrio, doña Felipa salió á abrirle la puerta, y le transmitió la dura noticia, aunque suavizándola algo con la añadidura de que la muchacha no parecía hallarse mal dispuesta. El comerciante se quedó frío al enterarse de que no había otro remedio que dar por sí propio la batalla; esta idea le produjo un acobardamiento tal que apenas se atrevió á mirar á Lola, mostróse distraído y se marchó al concluir la tertulia, sin atreverse á insinuar á la niña lo más mínimo acerca de sus pretensiones,

porque el pobre hombre no era capaz de improvisar una declaración y como no esperaba el lance no se había traído preparada ninguna.

A la mañana siguiente, en cuanto Lola se levantó, llevóse el desportillado tintero al comedor, cogió la caja del papel y se dispuso á escribir; daba miedo verla. En su semblante descolorido se la conocía el paso de una de esas fiebres terribles que se llevan el sueño y pueblan la mente de angustia como las nieblas mortíferas que arranca el sol á las lagunas y llenan el aire de miasmas corrompidos; parecía una estatua andaba con cierta vaguedad de sonámbula, y se movía con algo de rigidez. Doña Felipa le salió al paso, y extrañando su actitud la preguntó:

—¿Qué vas á hacer?... ¿A quién vas á escribir?

Lola se sentó, preparó la falsilla y repuso con honda tristeza, conociéndosele que se empeñaba en dominar su emoción á fuerza de voluntad, como esos buques desarbolados que aguantan el temporal á fuerza de máquina:

—¡Voy á mandar á Miguel la última

carta, concluyendo nuestras relaciones!...

Doña Felipa no esperaba la respuesta; dió un voleo en la silla, que crugió toda, violentada por el embite de la gruesa señora, y la cara de ésta se arreboló de tal manera, que diríase que su sangre se le agolpaba al cerebro, pidiendo la propina por semejante noticia; pero en aquel momento doña Felipa no conceptuó necesario "llamar abajo", y dejó que continuara el alboroto por arriba. ¡Cómo!... ¡Era posible semejante felicidad!... ¡Dios santo!... ¡De suerte que al fin se venía Lola al buen camino; al fin escuchaba los sanos consejos de su madre!... ¡Si no podía menos! ¡Si la tal locura de las relaciones con Miguelito Cruz tenía que concluir alguna vez, pasado el capricho!... ¡Si hasta el refrán lo decía: "Amor de niño, agua en cesta!"... ¡Ea! ¡ahora á recobrar el tiempo perdido, á querer á Demetrio y á no acordarse más del otro!... ¡Ah!... ¡Si ella no hubiera sido testaruda no habrían llegado nunca á situación tan apurada!... ¡Pero la juventud... la juventud!... Doña Fe-

lipa pronunció estas palabras con un énfasis grandísimo, y luego, quieras que no, se empeñó en dictarle á Lola la carta para Miguelito Cruz; la dijo que debía mostrarse dura para que él no insistiera en sus pretensiones; exponerle la verdad: que como él no era nada, y llevaba camino de no serlo nunca, ella no estaba en el caso de esperarle años y años para que luego él la diese *mutis*... y así qué se yo cuántas barbaridades más por el estilo. Lola no la hizo caso, y doña Felipa entonces, arrebatada por un impulso convulsivo, tocó las castañuelas con los dedos y se puso á bailar una jota, retirándose después á la cocina á espumar el cocido.

Lola se quedó solita en el comedor, escribiendo, hundida en sus penas con cierto gozo, pero sin llorar, con el rostro enjuto, en el momento terrible de la tormenta que precede á la lluvia; á la verdad, es enorme cortar por propia mano ese cordón umbilical irremplazable, por el que nos sentimos unidos á la dicha; la muchacha permaneció buen rato dudosa sin saber por donde empezar; sólo se le ocurría poner: ¡te

adoro y seré tuya ó de nadie! y precisamente debía escribir todo lo contrario, pero las fuerzas del alma son fatales é irresistibles como las de la naturaleza, y no encontraba en las sinuosidades de su pensamiento ni un hilo de luz que quisiera guiarla en tal extremo. Por fin la necesidad le puso la pluma entre los dedos y fué volcando en el papel sus angustias, sus temores, sus zozobras, sus amarguras, cuanto la ocurría; con todo el desorden de la verdad en el estilo, llenó tres carillas de quejas, y luego... luego no supo lo que hacía ni cómo lo hacía; tembloroso, ilegible, desatinado, estampó al final de la carta cualquier cosa, un pedazo de corazón, casi un párrafo dando por concluídos, irremisiblemente, sus amores, y aquello no resultó un período, ni un conjunto de oraciones, ni nada, las palabras parecían gritos, y las letras se quedaron borrosas, descosidas y como avergonzadas...

En estas volvió al comedor doña Felipa, aviada para salir á la calle; realmente no tenía precisión de ir á ningún lado, pero pretextó cualquier asunto

para arramblar con la carta y llevársela al correo. Comida por su impaciencia no tuvo la discreción de ocultarla y preguntó á su hija:

—Qué... ¿has escrito ya eso?...

Lola se sintió lastimada por aquella prisa brutal; tuvo un instante de desfallecimiento; en su corazón no cabía ni una gota más de amargura; el oleaje de su dolor, contenido por su voluntad, saltó por encima del acantilado con que el espíritu le contenía; los ojos se la llenaron de lágrimas, pero nada del turbión brotó afuera; Lola se impuso al torbellino, escribió las señas en el sobre y entregó la epístola á doña Felipa, que se marchó diciendo:

—¡En un periquete estoy aquí!...

Apenas salió su madre, Lola dejó caer de golpe el rostro entre sus manos abiertas, y sobre la tabla de la mesa del comedor; todo aquel inmenso dolor se le amontonó sobre el corazón, cerrándole al llanto la salida, como esas montañas de témpanos de hielo que tapan en el polo los estrechos del mar libre, y ahogada por sus lágrimas y cogida de través por el vértigo, su

cabeza caída se ladeó, perdió el equilibrio y se quedó sollozando sobre la mesa.

Mientras doña Felipa volaba calle de Fuencarral abajo, entró en un estanco, púsole al sobre los sellos correspondientes y cinco obleas de lacre rojo, y tomando luego el tranvía, para tardar menos, llegó á la Puerta del Sol, se encaminó al Correo y certificó la carta de Lola para que no se perdiera.

